

Ciclo C: XXVI Domingo del Tiempo Ordinario

Mario Yépez, C.M.

¡Atención al pecado de omisión!

Nuevamente, la liturgia nos presenta un fragmento del escrito profético de Amós. La denuncia de la hipocresía religiosa es señalada de forma irónica a través de este oráculo profético que empieza con el llamativo "ay", propio de las lamentaciones proféticas. Amós, animado por el Espíritu de Dios, denuncia la "comodidad" que viven ambos reinos, Israel (Samaria) y Judá (Sión), que los está conduciendo a dejar de lado a Dios y a confiar más bien en sus bienes materiales. Es conocido en Amós, la fuerte denuncia por el aprovechamiento de los pobres para enriquecerse más, especialmente la clase pudiente y los comerciantes, pero a la par, se escucha insistentemente la denuncia por la "aparente" devoción que los lleva a la dicotomía entre fe y vida. Israel y Judá deben aprender a confiar en todo momento en Dios. Han pasado momentos difíciles en su pasado y corrieron a implorar a Dios, ahora, en la situación de prosperidad en que se encuentran, especialmente el reino del Norte (Samaria), se han olvidado de Dios y se sienten seguros "durmiendo y descansando en sus camas de marfil", componiendo cantos por su espaciado tiempo de ocio, satisfaciéndose en banquetes por sus numerosos ganados sin importarles en absoluto las necesidades de los pobres. Se preanuncia ante esta situación que terminarán en la ruina (alusión al "quebrantamiento de José" – caída del Reino del Norte) y es la sentencia con que el profeta cierra esta denuncia: el exilio que está por venir. Una vez más, Amós cuestiona la hipocresía religiosa que vive Israel, hay un mero cumplimiento en la liturgia pero una poca sensibilidad por sentirse necesitados de Dios y, más aún, fortalecen su egoísmo explotando a los pobres y sustentándose solo en los bienes materiales.

Esta primera carta de Pablo a Timoteo concluye con diversos pero apreciados consejos para él, y en él, a toda la comunidad cristiana. Es muy sugerente el vocativo que utiliza Pablo para referirse a Timoteo: "hombre de Dios"; y lo ha puesto a continuación de una advertencia frente al peligro del dinero y la riqueza. Quien desea ser un "hombre de Dios", debe huir de esta gran tentación y aferrarse a practicar vivamente la justicia, la piedad, la fe...Pablo propone el seguimiento de Cristo como una lucha constante, cuya mirada debe estar en el horizonte de la vida eterna y que Timoteo, en un momento concreto, lo expresó decididamente mediante una "profesión" solemne ante sus hermanos. Para Pablo es importante que el cristiano comparta la suerte del Maestro y por ello en ese duro combate de la fe, tendremos que mantener firme nuestra "profesión de fidelidad" como lo hiciera Jesús ante sus acusadores, demostrando así nuestra esperanza en torno a la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo con honor y gloria. Es muy curiosa la doxología final, poco habitual en el lenguaje paulino, pero que intenta concluir de la forma más contundente posible de que estamos en la espera de un inminente "kairos", tiempo oportuno donde Dios en Jesús recapitulará toda las cosas..

El evangelio de Lucas nos presenta la inserción de esta historia ejemplar en medio de una sucesión de dichos de Jesús, lo que nos habla de que posee en sí misma su intencionalidad y enseñanza. Una vez más, se habla del peligro de la riqueza para el cristiano, por lo que el énfasis de la narración no estaría tanto en el desenlace sino más bien en el cuadro inicial. Para Lucas es importante entender el Reino de los cielos como una realidad que está actuante ya, y la comunidad cristiana tiene que darse cuenta que sus decisiones en vida son determinantes en todo sentido, sobre todo en la concepción que tengan sobre los bienes terrenales. La salvación de Dios se hace realidad en la medida que el ser humano tome las decisiones más acordes a la voluntad de Dios. El paralelo en que se va desarrollando el relato resalta esta intención del autor: el hombre rico no tiene nombre; el pobre se llama Lázaro; uno se preocupa en vivir espléndidamente con ropas lujosas, mientras que Lázaro se encuentra cubierto de llagas. A continuación, dos cosas llaman la atención: lo primero es que se supone que Lázaro era conocido por el hombre rico pues se hallaba a su puerta y además se especifica que intentaba satisfacerse con lo que podía caer de la mesa de aquel hombre rico; y lo segundo es que se invierte el orden de aparición del relato para narrar la muerte de ambos, ya que primero se cita la muerte de Lázaro de quien se habla que fue llevado por los ángeles al seno de Abraham y del hombre rico sólo se cita que fue sepultado.

La segunda parte de la narración nos lleva a una situación posterior a la vida natural y aumenta la separación entre ambos por las realidades en que se encuentran. El hades (abismo, lugar de los muertos) es descrito como una realidad de tormento por la necesidad expresada de "refrescarse"; mientras que el seno de Abraham como una "lugar" de consolación. Justamente, es Abraham quien interviene, en primer lugar para justificar por qué se encuentran en tales realidades y, en segundo lugar, la determinante separación de unos y otros. Esto habla de la apremiante necesidad de que en vida se reflexione las actitudes en el tiempo presente. Propiamente, el pecado no es ser rico sino el peligro de la riqueza que puede llevar a ignorar las realidades de pobreza que están muchas veces "a la puerta" y no somos capaces de reaccionar, siendo incluso "causantes" de tales situaciones (lo que cae de la propia mesa del rico). La desesperación del hombre rico por su situación se traslada a sus hermanos que aún viven y que pueden terminar en la misma situación de tormento en que se encuentra. Una vez más pide la intervención de Lázaro, a quien lo había ignorado en vida, para que pueda testificarles el terrible destino que les espera si continúan con su misma actitud. Pero Abraham, en dos oportunidades le hace ver que la decisión es personal y determinante, pues tienen los medios suficientes (Moisés y los profetas) para reconocer sus equivocaciones y enmendar a tiempo. La última escena revela la imposibilidad de arrepentirse aún se les presentase un muerto. Esto último, hablaría de la urgencia en la aceptación de que las decisiones en vida son determinantes con lo que tendría sentido insistir finalmente en el acercamiento de una recompensa o una condenación.

Tenemos que cuidarnos mucho del "conformismo" que nos puede conducir a afrontar la vida sin esperanza ni expectativas, deseando vivir pensando en satisfacer solo nuestras necesidades particulares y caer en el pecado de omisión como expresión de indiferencia ante el sufrimiento de los demás. Se presiente entonces, un llamado de

atención pues cada día tomamos decisiones que contradicen nuestra confianza en Dios. Esta importancia debería obligarnos a repensar cómo vamos manifestando nuestra fe en el cotidiano vivir y más aún ante el tema de una equivocada apreciación de la riqueza que nos puede llevar a ignorar realidades de pobreza que están muy cerca de nosotros. Esto lo sentimos fuertemente en la denuncia de Amós que invita al pueblo de Israel a que salga de su conformismo y pasividad que los viene conduciendo a vivir cómodamente en donde Dios ya no tiene lugar. Lo mismo lo percibimos en la exhortación de Pablo a Timoteo, a través de sus consejos para seguir luchando en el combate de la fe. Finalmente, la historia ejemplar del evangelio se preocupa por insistir que las decisiones en vida tendrán una consecuencia determinante sea para consolación o condenación. Tal decisión, nos pone en perspectiva de descubrir lo que realmente es importante y a pesar de que Dios favorece ofreciendo tantas oportunidades de optar como corresponde, la ceguera espiritual adormecida por la hipocresía religiosa o un peligroso conformismo puede llevarnos a olvidarnos de que podemos colaborar y ayudar a los que no tienen la oportunidad de beneficiarse de lo necesario. Lo peor de todo es que ni un muerto que vuelva a la vida podrá persuadir un corazón enceguecido. Jesús ha resucitado y se ha manifestado vivo para la humanidad y podemos constatar que ni con esta verdad de fe, testimoniada por los apóstoles y la Iglesia, hay deseos de cambio para muchos seres humanos que siguen sucumbiendo ante la riqueza y el egoísmo. Confiemos en Dios, sólo en Dios, hagamos realidad la solidaridad porque en nosotros se puede cumplir lo dicho por el salmista: "Él mantiene su fidelidad perpetuamente, él hace justicia a los oprimidos, el da pan a los hambrientos". Así no lo podamos realizar nosotros, sabemos que Dios suscita personas y acciones en favor de los pobres, él es fiel a su palabra.

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)